

Cuarenta números de Acontecimiento Los que han sido sus directores opinan de su trayectoria

Los comienzos

Gonzalo Tejerina Arias

*Teólogo. Primer Director de Acontecimiento (1985-1989).
Miembro del Instituto E. Mounier.*

Con 30 años de edad y alguna inexperiencia, la participación en el nacimiento del Instituto E. Mounier como miembro fundador y la dirección de Acontecimiento en sus primeros años fueron para mí una aventura enormemente atrayente. En ella se concitaba una experiencia de relación humana, un ensayo de reflexión teórica y un trabajo material concreto que componían una empresa de gran atractivo y riqueza y en los tres aspectos, el Instituto y la Revista han tenido en mí hasta la fecha una influencia de notable peso.

Ciñéndome a Acontecimiento, los cinco años que ocupé el papel de Director, del primer número al décimo tercero, fueron el tiempo de un arranque inseguro y una consolidación paulatina. En aquel tiempo, según la opinión general, la Revista era lo más granado que el Instituto lograba hacer como tal, independientemente del trabajo que algunos grupos provinciales llevaban adelante. Hacíamos entonces una tirada de 1.000 ejemplares, de la que siempre sobraba bastante, porque más allá del ámbito de miembros o allegados al Instituto logramos introducir la Revista muy poco. Tras el

primer número de presentación del Instituto y de la Revista misma, que en su limitación siempre me pareció bien cuajado, siguieron varios con materiales de valía, pero de escasa relación entre sí. En alguno de estos números hubo sus dificultades para sacar a la luz la Revista que aparecía en una veste exterior bastante modesta. El número cinco cambiaría esa portada primera por otra, diseñada por Emilio Andreu y por mí, que quería ser más expresiva aunque en estética progresamos poco. El progreso mayor a partir de esa misma entrega iba a estar en la decisión de publicar números monográficos, que a mi juicio fue un paso muy acertado. Así se ofrecía un tratamiento más redondo, más completo sobre temas de carácter más bien amplio, quizá un poco tópicos, pero fundamentales, y sobre los que queríamos expresar una posición. Con el número trece, último de mi época de Director, se estrenó un maquetación nueva con nueva portada que gratuitamente nos diseñaron dos amigos de José Ángel Moreno, profesionales de diseño gráfico y que suponía una mejoría verdaderamente significativa en la forma de la Revista.

En este recordatorio, que me dicen ha de ser breve, no puedo no hacer mención de la gratísima experiencia que fue el trabajo de la Redacción de la Revista, un grupo bastante heterogéneo, quizá necesitado de mayores pertrechos teóricos, pero dispuesto a todo, como de hecho se hacía. El equipo de redacción, que fue variando en su composición, funcionaba en todo con una absoluta participación y el Director era más bien un coordinador de todo el trabajo. Fue una experiencia de verdadera autogestión, una genuina labor comunitaria que posteriormente en pocas ocasiones he tenido oportunidad de revivir, ni siquiera en instituciones eclesiales donde se supone que la comunión espiritual debería llevar a un trabajo verdaderamente comunitario.

En enero de 1989 dejé la Dirección de la Revista y la vinculación directa al Instituto. Aunque hubo otras razones, fue bastante determinante el no poder continuar dedicando el tiempo requerido a esa función. Con gusto doy fe hoy, como decía al principio, del gran significado que para mí tuvo esa experiencia. ▲